

Próxima parada: Corazón.

Marta llevaba más de dos años conduciendo el autobús número 21, desde la Plaza de Armas hasta el Polígono de San Pablo. La rutina era su aliada; conocía cada parada, cada semáforo, cada bache en la carretera. Sin embargo, había algo, o más bien alguien, que hacía que cada día esperara con cierta impaciencia una parada en particular: la de la avenida de la Soleá.

Desde hacía unos meses, un hombre subía al bus siempre a la misma hora, justo cuando Marta hacía su ruta matutina. Alto, con barba cuidadosamente recortada y una sonrisa tranquila, se sentaba en la parte delantera, siempre a la vista de ella. Nunca hablaban más allá del habitual “buenos días”, pero algo en su mirada la hacía sentir nerviosa, en el buen sentido.

Un día, Marta decidió romper la monotonía. Justo cuando él subió, le sonrió de forma un poco más prolongada y dijo: "Hoy es un buen día, ¿verdad?". El hombre la miró sorprendido y, tras un instante, respondió: "Lo es. Y más cuando te lo dicen con esa sonrisa". Marta sintió que sus mejillas se sonrojaban, pero no dijo más.

Durante las siguientes semanas, los intercambios de palabras se volvieron más frecuentes. Marta descubrió que se llamaba Fernan y que trabajaba en una oficina en el centro. Pronto, aquellos breves momentos se convirtieron en el punto culminante de sus mañanas. Pero un día, él no apareció en su parada habitual. Ni al día siguiente, ni al otro. Marta empezó a preocuparse. ¿Y si había cambiado de ruta? ¿Y si se había mudado? La incertidumbre la consumía.

El viernes de esa misma semana, Marta decidió hacer algo inusual. Al llegar a la parada de la avenida de la Soleá, bajó del autobús durante su descanso y preguntó a un comerciante cercano si conocía a Fernan. "Claro, lo veo todos los días. Pero lleva una semana sin aparecer", le dijo el hombre. Marta sintió un nudo en el estómago, temiendo lo peor.

El lunes siguiente, cuando Marta ya había perdido la esperanza, Fernan subió

al autobús. con la mano izquierda vendada, y con una aspecto más cansado de lo habitual. "Me lastimé la mano y he estado de baja", explicó antes de que Marta pudiera preguntarle. Aliviada, Marta sonrió y dijo: "Me alegra verte de nuevo. Se te ha echado de menos por aquí". Él la miró con una calidez especial y respondió: "El sentimiento es mutuo". A partir de ese día, las conversaciones se hicieron más profundas. Hablaron de sus vidas, de sus sueños, de sus miedos. Un martes, al llegar a su parada, Fernan se quedó de pie junto a la puerta delantera y, antes de bajar, le dijo a Marta: "Sé que esto es un poco loco, pero... ¿te gustaría que tomáramos un café algún día?". Marta, que no podía dejar de sonreír, asintió sin dudarlo. "Te paso a recoger mañana, en mi ruta", respondió ella, y ambos rieron.

Así, en medio del bullicio y el ajetreo de Sevilla, Marta descubrió que, a veces, los viajes más importantes no son los que se hacen en la carretera, sino los que se emprenden hacia el corazón.